

LAS CRISIS RECURRENTE EN EUROPA DEL ESTE Y EL AÑO 1989: EL CASO DE CHECOSLOVAQUIA

THE RECURRENT CRISES IN EASTERN EUROPE AND 1989: THE CASE OF CZECHOSLOVAKIA

Guillermo Á. PÉREZ SÁNCHEZ
Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA
Universidad de Valladolid

Resumen: Rápida e inopinadamente, en paralelo con degradación sufrida durante la década de 1980 -la década del "gran cambio": epítome de las crisis recurrentes producidas en las décadas anteriores-, el sistema político, económico y social impuesto por la URSS en la Europa del Este se descomponía irremisiblemente. Si en un primer momento pudo creerse que el sistema de tipo soviético estaba atravesando una de sus crisis periódicas (recurrentes), la fuerza de los acontecimientos vino a demostrar que la crisis de los años ochenta sería la última. En efecto, los acontecimientos revolucionarios vividos a partir de 1989 en Polonia, Hungría y Alemania del Este influyó decisivamente en el país de los checos y eslovacos en donde surgió la consigna que, uniendo a los protagonistas de la "revolución de terciopelo", ilustró a la perfección las ilusiones de aquellos momentos irrepetibles: "Polonia, diez años; Hungría, diez meses; Alemania del Este, diez semanas; Checoslovaquia, diez días..." (sin olvidarnos que en Rumanía solo fueron diez horas).

Palabras clave: soviétización, crisis recurrentes, década del gran cambio, revoluciones de liberación, revolución de terciopelo

Abstract: "Quickly and unexpectedly, in parallel with degradation suffered during the decade 1980's -the decade of "great change": epitome of recurrent crises produced in previous decades-, the political, economic and social system imposed by the USSR in Eastern Europe was irrevocably broken. If at first it was thought that the Soviet-type system was in one of its periodic (recurrent) crises, the strength of the events came to show that the crisis of the 1980s would be the last one. Indeed, the revolutionary events experienced since 1989 in Poland, Hungary and East Germany had a decisive influence on the Czech and Slovakian where the slogan emerged that, by uniting the main characters of the 'velvet revolution', perfectly illustrated the illusions of those unrepeatable moments: "Poland, ten years; Hungary, ten months; East Germany, ten weeks; Czechoslovakia, ten days..." (not to mention which in Romania was only ten hours)."

Keyword: sovietization, recurrent crises, decade of great change, liberation revolutions, velvet revolution

Sumario: 1. CHECOSLOVAQUIA, SOVIETIZADA. 1.1. Checoslovaquia, una "primavera" entre dos "normalizaciones". 1.1.1. La primera "normalización" (1948-1968). 1.1.1.1. La "primavera" de 1968. 1.1.2. La segunda "normalización" (1969-1989). 2. LAS "REVOLUCIONES DE LIBERACIÓN" EN EUROPA DEL ESTE (1989-1991): EL CASO DE CHECOSLOVAQUIA. 2.1. La ruptura con el sistema

comunista (1989-1990). 2.2 Los inicios de las transición (1990-1991). 3. BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

El primer proceso revolucionario de la posguerra en la Europa del Este fue consumado por los comunistas entre 1945 y 1948. Cuando se produjo la reacción occidental ya había caído sobre estos países en “telón de cero”. En palabras Václav Havel, lo que se produjo a partir de ese momento, y durante las cuatro décadas del sistema socialista, fue “la destrucción gradual del espíritu humano, de la dignidad humana básica, el vivir la vida en estado de perpetua humillación”.

Fue durante los cuarenta años de “Guerra Fría” cuando el término “Europa del Este” tuvo pleno sentido y vigencia: no significaba otra cosa que un conjunto de países –Polonia, Alemania Oriental, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria– alineados en bloque en torno a la URSS y organizados según el modelo socialista de tipo soviético.

1. CHECOSLOVAQUIA, SOVIETIZADA

El 9 de mayo de 1945, la vanguardia del Ejército Rojo –cuyas fuerzas habían liberado la mayor parte del país y conseguido un gran prestigio entre la población– llegaba a Praga. Los ejércitos occidentales, con soldados estadounidenses a la cabeza, habían llegado a Pilsen el 5 de mayo, pero recibieron la orden de no avanzar más hacia el este. Con los soviéticos en la capital, entraba a renglón seguido en la misma el Gobierno provisional. En su primer mensaje a la población –a cargo de Klement Gottwald– el ejecutivo prometía para Checoslovaquia un régimen “democrático de tipo nuevo” cuyo origen estaba en la “revolución democrática y nacional” que se debía realizar entre todos.

En aras de la normalización del país habían sido convocadas elecciones generales para mayo de 1946. Los comunistas, con el apoyo de los socialdemócratas, pasaron a controlar la recién constituida Asamblea nacional, y su líder, Gottwald, fue nombrado presidente del Consejo de ministros: el 8 de junio de 1946, Checoslovaquia tenía un nuevo Gobierno. En relación con lo anterior, y en el avance en el control total del país, el Comité Central del Partido Comunista hacía pública, en noviembre de 1947, una declaración en la cual alertaba a la población sobre la puesta en marcha entre la “burguesía colaboracionista” de un complot “contrarrevolucionario” contra el Estado y el pueblo trabajador para terminar con las conquistas socioeconómicas logradas en el país después de la guerra. Para evitar todo ello, se propusieron definitivamente “ganar a la mayoría del país sólo para el Partido Comunista.

Maestros del *agit-prop*, convocaron el 22 de febrero de 1948 una magna manifestación, en la plaza de la Ciudad Vieja de Praga, para que todo el pueblo trabajador se manifestase contra los partidos “burgueses”. Desde el balcón del Palacio Kinsky, Gottwald arengó a los congregados y lanzó su célebre propuesta del “triple sí”: sí a la dimisión de los ministros no comunistas; sí a la reestructuración

del Frente Nacional y sí a la transformación del partido Comunista en la única fuerza dirigente del país. El paso adelante también contó con el apoyo de la Unión Soviética, pues, según público *Pravda*, “El pueblo checoslovaco ha expresado sus sentimientos”. Después de consumada la “revolución-golpe de Estado de Praga”, Gottwald formó un Gobierno de mayoría comunista. El camino para la instauración del régimen de partido único estaba expedito.

Una Checoslovaquia libre y democrática había dejado de existir. En su lugar nacía un nuevo Estado impulsado por la extraña “revolución-golpe de Estado” de febrero de 1948 y controlado por los comunistas que cumplían su sueño dorado de instaurar el sistema socialista de tipo soviético. Como acertadamente señaló F. Fejtó: “Los acontecimientos de Praga destruyeron la ficción parlamentaria y democrática del movimiento comunista” y confirmaron los planes expansionistas de la URSS en el este de Europa.

1.1. Checoslovaquia, una “primavera” entre dos “normalizaciones”

Después del triunfo del “golpe-revolución” de 1948, toda la estructura política, económica y social del país quedó definitivamente bajo el control y dirección suprema del Partido Comunista de Checoslovaquia (PCCH), organización que, no obstante, también sufrió un primer proceso de depuración con el objetivo de apartar de la vida pública a aquellos elementos más reticentes a aceptar los planteamientos totalitarios de los dirigentes comunistas prosoviéticos. Todo ello suponía la primera “normalización” a la que iba a ser sometido el más occidental de los países de la Europa del Este, tanto desde un punto de vista político como económico y social.

1.1.1. La primera “normalización” (1948-1968)

Durante veinte años, el férreo control ejercido por los comunistas checoslovacos y sus epígonos dio un resultado más que aceptable: Checoslovaquia no sufrió las convulsiones –o al menos estas no fueron de la misma intensidad- que afectaron a Polonia o a Hungría en los años cincuenta.

Con todo, ya a lo largo de 1952 Checoslovaquia sufrió una primera oleada de conflictos laborales, aunque mayor importancia tuvieron las protestas obreras de junio de 1953, motivadas al aprobar el Gobierno una reforma monetaria que incidió muy negativamente en los sectores sociales menos favorecidos, los cuales perdieron de la noche a la mañana los ahorros conseguidos con tantas dificultades. Así las cosas, y como era fácil de imaginar, poco tiempo después, a comienzos de los años sesenta la situación de la economía era crítica, como lo demostraba la evolución a la baja de las cifras de la renta nacional.

En consonancia con todo lo anterior, los dirigentes del Partido comenzaron a dividirse en cuanto a qué medios habrían de aplicarse para solucionar las cuestiones más candentes que afectaban al país en su conjunto. A partir de ese momento, los

comunistas más ortodoxos y los sectores revisionistas del PCCH se enfrentaron en una pugna tenar por el control del aparato, que supuso la ruptura práctica de la organización.

El sector reformista del PCCH, con el apoyo explícito de importantes sectores de la intelligentsia, comenzó a pergeñar un proyecto de transformación de las estructuras políticas del país que, en primer lugar, terminara definitivamente con las formas estalinistas de gobierno; y, en un segundo momento, estableciera las condiciones objetivas para edificar un verdadero modelo socialista. De este modo, su idealismo ardorosamente ingenuo les hizo caer en una contradicción evidente al pretender conciliar aspectos tan dispares como la democracia con el partido único.

1.1.1. 1. La “primavera” de 1968

“(…) (te hablo) de la primavera de Praga, de aquella vertiginosa liberación…”

Millan Kundera, *La insostenible levedad del ser*

El otoño de 1967 fue especialmente conflictivo debido a las protestas de los estudiantes universitarios, el pleno del Comité Central del PCCH, desarrollado del 19 de diciembre al 5 de enero de 1968, decidió en la última sesión del mismo apartar a A. Novotny del cargo de Primer Secretario del Partido (aunque todavía permaneció en el puesto honorífico de presidente de la República) y nombrar en su lugar a A. Dubcek, jefe de los comunistas eslovacos y firme partidario de la renovación en todas las estructuras del poder. Todo ello pareció contar con el beneplácito de los dirigentes soviéticos, cuyo país fue el primero en ser visitado oficialmente por Dubcek.

Una vez que el equipo Dubcek logró hacerse con las riendas del poder efectivo en Checoslovaquia, y en colaboración con grupos de expertos, el Secretario General procedió a preparar las líneas básicas para la reforma del sistema socialista vigente en el país y, finalmente, el 5 de abril de 1968, presentó para su aprobación ante el máximo órgano del PCCH el nuevo programa de acción, cuya finalidad era la de “emprender la construcción de un nuevo modelo de la sociedad socialista, profundamente democrático y adaptado a las condiciones checoslovacas”.

Sin embargo, si se observan con detenimiento los postulados básicos del programa de acción –propiedad colectiva de los medios de producción, papel dirigente del Partido Comunista, democracia socialista, entre otros- podemos llegar a la conclusión evidente de que el equipo reformista de Dubcek no pretendió nunca terminar con la esencia del sistema socialista vigente en Checoslovaquia, sino simplemente transformarlo para acomodar su funcionamiento a los nuevos tiempos, una vez desaparecidos Stalin y sus epígonos de la escena política, y dotarlo al mismo tiempo de un carácter más nacional. Según Ágnes Heller y Ferenc Fehér, los dirigentes reformistas “habrían llegado, en el mejor de los casos, a otra versión del

titoísmo”, que no representaba “ciertamente el ideal que nosotros defenderíamos”, lo cual no significa “que la Primavera de Praga fuera ‘superflua’”.

Sin embargo, los obstáculos al programa de acción no tardaron en aparecer. En cuanto a las limitaciones de carácter interno, fue especialmente significativo el rechazo de las autoridades reformistas a la reconstrucción del Partido Socialdemócrata, solicitada en el mes de mayo por sus promotores, al considerar innecesaria la existencia de “otro partido marxista-obrero”. En realidad, la clave para la consolidación del programa de acción iba a estar en la aceptación o rechazo del mismo por parte del PCUS y, subsidiariamente, de los restantes partidos comunistas del bloque soviético, y los dirigentes reformistas de Praga tenían motivos más que suficientes para estar preocupados. A pesar de que su proyecto de cambio no ponía en cuestión la esencia del régimen comunista –el papel dirigente del Partido en la sociedad y la vinculación permanente de Checoslovaquia a la URSS-, para los soviéticos el programa de acción era intolerable. Los dirigentes del Kremlin no estaban dispuestos a permitir la menor duda entre sus aliados sobre la vigencia del sistema socialista tal como lo entendían los ideólogos de Moscú: había que evitar a toda costa que Checoslovaquia planteara los mismos problemas de crisis de identidad que en su día habían sufrido ya Yugoslavia o incluso Polonia y Hungría.

Así las cosas, el 4 y 5 de julio de 1968 con el firme propósito de frenar el proceso de apertura que se vivía en Checoslovaquia, los máximos órganos de gobierno de los partidos comunistas de la Unión Soviética, Polonia, República Democrática de Alemania, Hungría y Bulgaria (el denominado Grupo de los Cinco), hicieron llegar por escrito al Politburó del PCCH su preocupación ante el giro reformista en Checoslovaquia. En este sentido, el Grupo de los Cinco celebró los días 14 y 15 de julio la anunciada cumbre de Varsovia, y en el comunicado final –aprobado por el Politburó del PCUS el 17 de julio- no perdió ocasión para volver a advertir a los dirigentes de Praga de su pasividad ante el inminente “peligro de las fuerzas antisocialistas” permanentemente al acecho para expulsar del poder al Partido Comunista.

En la evolución de los acontecimientos fue fundamental el apoyo explícito expresado por parte de Yugoslavia y de Rumanía (así como de los partidos comunistas occidentales, especialmente, el francés y el italiano) a los cambios auspiciados por Dubcek. Esta especie de unión táctica entre Checoslovaquia y los dos países más díscolos de la órbita soviética resultó fatal para el experimento checoslovaco: los dirigentes del Kremlin y sus aliados incondicionales pusieron en marcha el plan bélico de invasión del país: en la noche del 20 de agosto, las unidades de los ejércitos del Pacto de Varsovia (en este caso, las fuerzas armadas del Grupo de los Cinco: entre doscientos y seiscientos mil hombres) invadían Checoslovaquia, y al amanecer del día 21 ocupaban las calles de Praga. Ante la sorpresa y la nula resistencia del ejército y la población, tal como habían solicitado las autoridades para evitar el innecesario derramamiento de sangre, la operación militar constituyó un rotundo éxito desde el punto de vista y de la logística, pero no lo fue tanto desde una perspectiva estrictamente política.

El primer objetivo de la policía militar del Ejército Rojo en la misma madrugada del 21 de agosto fue proceder a la detención de los miembros del Politburó del PCCH, empezando por Dubcek y sus más inmediatos colaboradores, los cuales habían emitido un comunicado en el que rechazaban contundentemente la violación de la soberanía nacional por parte del Pacto de Varsovia. Rápidamente, Dubcek, todavía Primer Secretario del Partido, fue obligado a viajar a Moscú para parlamentar con las autoridades soviéticas sobre la nueva vía que debía abrirse en Checoslovaquia para restaurar el antiguo orden, siempre según las indicaciones del PCUS. Las exigencias soviéticas eran precisas, afirmó Breznev: “como consecuencia de la victoria en la guerra, las fronteras de Checoslovaquia eran al mismo tiempo las fronteras de la URSS, y seguirían siéndolo por toda la eternidad”. Dubcek, ante la coerción sin límites a la que fue sometido, accedió a las pretensiones soviéticas y comprometió su palabra en la tarea de poner en marcha el proceso de “normalización” previsto para Checoslovaquia. De este modo, la reforma intentada en el país durante los últimos siete meses podía darse por concluida.

Una vez recuperaron el control del aparato de poder los elementos prosoviéticos, las resoluciones del Comité Central del PCCH del 17 de noviembre de 1968 y del 30 de mayo de 1969 restituían todas las prerrogativas al Partido. Un nuevo pleno del comité Central del 17 de abril de 1969 apartó a Dubcek definitivamente del cargo de Primer Secretario y nombró en su lugar a Gustav Husak.

El cambio en la cúspide del poder comunista, con G. Husak como nuevo Primer Secretario del PCCH, supuso el inicio en el país de la segunda “normalización” forzosa durante otras dos décadas. Con ello, los soviéticos cumplieron su principal objetivo: restaurar en Checoslovaquia el viejo orden comunista. La normalización significó, no solo para Checoslovaquia, sino también para todos los países del bloque soviético (con la excepción de Rumanía) la puesta al día de la llamada doctrina de “soberanía limitada”, de la mano de Breznev en su calidad de máximo dirigente del PCUS. Este presentó oficialmente la versión actualizada de la doctrina de soberanía limitada en el discurso pronunciado, el 12 de noviembre de 1968 en Varsovia, al pleno del V Congreso del Partido Obrero Unificado de Polonia (POUP).

1.1.2. La segunda “normalización” (1969-1989)

“Con frecuencia se acordaba del discurso que pronunció Dubcek por la radio cuando volvió de Moscú. (...). Volvió humillado y habló para una nación humillada.”

Milan Kundera, *La insoportable levedad del ser*

El nuevo equipo dirigente capitaneado por Husak procedió a sentar de manera inmediata las bases de la segunda normalización. Para empezar, fue puesto en marcha un proceso de depuraciones a gran escala (el más importante de los

llevados a cabo nunca en un país de la Europa del Este) en el Partido, en el Gobierno y en la administración pública con el objetivo de impedir el “rebrote liberal” y que afectó, entre 1969 y 1970, a medio millón de personas. También, aunque con un carácter más simbólico que efectivo, el 1 de enero de 1969 había entrado en vigor la nueva Federación checoslovaca formada por dos estados con los mismos deberes y derechos constitucionales: la República Socialista Checa y la República Socialista Eslovaca.

En todo caso, el gran objetivo político de los dirigentes de la segunda normalización consistió en desarticular las reivindicaciones de la ciudadanía en función del conocido método “concesión-coerción”. Las autoridades lograron la desmovilización de la sociedad y la aceptación pasiva por parte de esta del estado de cosas que la vuelta al “viejo orden” comunista había impuesto de nuevo.

Sin embargo, pasado un tiempo las autoridades no lograron impedir el temido “rebrote liberal” que impulsó la contestación de la disidencia. La verdad es que, aunque minoritaria y exclusivamente perceptible en los círculos más comprometidos de la intelligentsia, la contestación al proceso de normalización impuesto por los nuevos dirigentes del PCCH, con Husak al frente, estuvo siempre presente en la vida Checoslovaquia, y cada cierto tiempo volvía a hacer acto de presencia para enturbiar el “remanso” de la normalización.

Fue el caso, años más tarde, de la “Carta 77” o del “Movimiento para la Defensa de las Personas Injustamente Perseguida” (VONS). Esta nueva fase de la contestación de la disidencia checoslovaca estuvo fundamentada en los acuerdos a los que llegaron los países participantes en la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea (CSCE), entre ellos Checoslovaquia, celebrada en 1975 en Helsinki. El Acta final de la CSCE hacía mención expresa al respeto de los derechos humanos básicos en todos los estados participantes en la misma, aunque no obligaba a su cumplimiento al no ser en sentido estricto un tratado con valor jurídico internacionalmente reconocido. A esas disposiciones, incompatibles con la legalidad comunista, se aferraron “algunos naufragos de 1968” (Jiri Hajek, Václav Havel y Jan Patočka, entre otros) para fundar el 1 de enero de 1977 la “Carta 77”. El objetivo básico de los promotores de dicha plataforma reivindicativa era el cumplimiento por parte del Gobierno de los acuerdos internacionales suscritos en materia de derechos humanos, pero la “Carta” no fue concebida como una gran organización de masas. Así, el manifiesto fundacional de la agrupación solo fue firmado por doscientas cuarenta y dos personas.

La ausencia de respuesta positiva por parte de las autoridades comunistas no arredró a los firmantes de la “Carta 77”. Sus responsables optaron por ampliar el círculo reivindicativo a todos los órdenes de la vida checoslovaca, ya fuera el mundo del trabajo, de la judicatura o de la enseñanza. Conforme a este nuevo propósito, la agrupación contestataria comenzó a elaborar informes sobre la realidad del país para poner frente al espejo de la realidad de las cosas al gobierno comunista.

A lo largo de la década de los ochenta, la contestación de la disidencia continuó acosando al poder constituido, a la espera de crear las condiciones

objetivas necesarias para su caída, sirviendo de embrión de una oposición digna de tal nombre y fijando sus objetivos irrenunciables para un futuro mejor: la independencia nacional (hasta ahora limitado por los soviéticos) y la sustitución del monopolio del Partido Comunista por un sistema político pluralista.

2. LAS “REVOLUCIONES DE LIBERACIÓN” DE EUROPA DEL ESTE (1989-1991): EL CASO DE CHECOLOVAQUIA

Rápida e inopinadamente, en paralelo con la degradación sufrida durante la década de los ochenta por la Unión Soviética, el sistema político, económico y social impuesto por esta superpotencia según su propio modelo en la Europa del Este a partir de la Segunda Guerra Mundial de descomponía después de cuarenta años de vigencia. Según los datos elaborados por expertos occidentales, a finales de dicha década la situación terminal de las economías de los países del socialismo real no dejaba lugar a dudas.

El deterioro económico, el primero de los factores de la crisis final del sistema, estaba también en el origen de las disfunciones de tipo político y social que venían arrastrando desde su fundación las democracias populares. En los años ochenta estas malformaciones estructurales incidían de tal manera en la parálisis total de los regímenes comunistas que impedían la prescripción de nuevos remedios que pudieran evitar el desenlace fatal.

Por tanto, además de la economía, otra serie de factores coadyuvó a la ruptura con el sistema socialista de tipo soviético y al triunfo de las revoluciones de “liberación”. Siguiendo a los analistas, se ha estructurado estos factores en dos grandes apartados: en primer lugar, las llamadas “fuerzas internas”, esto es, los partidos comunistas, la disidencia opositora, las iglesias y la sociedad civil; y en segundo término, los “catalizadores”, es decir, la Santa Sede, Occidente y la propia Unión Soviética.

2.1. La ruptura con el sistema comunista (1989-1990)

Los acontecimientos revolucionarios vividos a partir de 1989 en Polonia, Hungría y la República Democrática de Alemania incidieron de manera súbita y directa en los cambios radicales que se produjeron en el país de los checos y eslovacos. Por todo ello, solamente en las manifestaciones praguenses pudo surgir la consigna que, uniendo a los protagonistas de la “revolución de terciopelo”, ilustró a la perfección las ilusiones de aquellos momentos irrepetibles: “Polonia, diez años; Hungría, diez meses; Alemania del Este, diez semanas; Checoslovaquia, diez días...”

En Checoslovaquia, los efectos hipnóticos de la segunda normalización estaban pasando y la perseverancia de la disidencia (especialmente de los promotores de la “Carta 77”) comenzaba a generar una respuesta más efectiva contra el propio régimen. La pervivencia de las contradicciones internas y externas

del sistema económico socializado y la oposición de los sectores comunistas más ortodoxos hicieron imposible la puesta en marcha de dicha reforma con las necesarias garantías de éxito. Definitivamente, el Partido-Estado, que había perdido el control de la sociedad civil, se mostraba incapaz de sacar a Checoslovaquia de la crisis económica. El sistema del socialismo real estaba amenazado de muerte. Así, el principio del fin tuvo una representación gráfica muy elocuente: el 17 de diciembre de 1987 G. Husak, el protagonista de la segunda normalización, dejaba el cargo de Primer Secretario del PCCH y en su lugar era nombrado Milos Jakes, aunque continuó como Presidente de la República.

Ante la evolución de los acontecimientos, las autoridades demostraron una total impericia a la hora de articular una respuesta más allá de la mera represión policial, por ejemplo, con los actos conmemorativos del vigésimo aniversario de las reformas de la primavera de 1968; con las protestas de agosto y octubre de 1988 y enero de 1989; o con la manifestación convocada el 17 de noviembre de 1989 en recuerdo de las víctimas de la ocupación del país por la Alemania nazi, lo cual motivó al día siguiente una movilización de protesta en las calles de Praga contra el régimen comunista. Por ello, la “revolución de terciopelo” comenzó sin concesiones del Partido y del Gobierno comunistas. Solamente la fe reformista de los ciudadanos logró variar el curso del destino a lo largo de 1989.

El 19 de noviembre de 1989 una docena de grupos disidentes llegaba al acuerdo de fundar una nueva organización en la cual todos ellos pudieran trabajar conjuntamente con el propósito de terminar con la dictadura comunista. Dos días más tarde, la disidencia anteriormente mencionada se reunía en el Club Dramático de Praga (en lo sucesivo su sede estaría enclavada en la Linterna Mágica) y acordaba crear el “Foro Cívico” (Obcouske Forum) con el dramaturgo y escritor Václav Havel a la cabeza. Sin solución de continuidad, nacía en Bratislava “Público Contra Violencia” (VPN), el grupo opositor eslovaco homólogo del anterior.

La primera propuesta de la recién constituida oposición, el mismo día 21 de noviembre, consistió en proponer al Gobierno el inicio de una negociación conjunta para sacar a Checoslovaquia de la crisis terminal en la que se encontraba. Sin embargo, las cosas no quedaron ahí. La oposición consideró también llegado el momento de promover un cambio de Gobierno y amenazó con una huelga general el 27 de noviembre si aquél no tenía lugar conforme a sus previsiones, tal como había exigido Havel a Adamec (en ese momento máximo responsable del Gobierno comunista) en el transcurso de los contactos y negociaciones entre ambos dirigentes. El 7 de diciembre ante el empuje de la oposición perfectamente organizada, Adamec tomaba la decisión de dimitir para desbloquear la situación. A continuación, cuatro días más tarde, quedaba constituido con el respaldo del Foro Cívico un Gobierno de “Unidad Nacional” de mayoría no comunista, presidido por el político reformista Marian Calfa, el cual había abandonado todos sus cargos en el Partido. Este nuevo episodio de claudicación provocó tras la toma de posesión del gabinete la renuncia de Husak como presidente de la República. Inmediatamente, el Foro Cívico y Público Contra Violencia comenzaron a negociar la ruptura definitiva con el sistema comunista y los inicios de la transición hacia la democracia parlamentaria y la

economía de mercado. Para facilitar todos esos pasos, Dubcek era elegido presidente de la Asamblea Federal el 28 de diciembre. Un día más tarde, esta misma cámara nombraba a Václav Havel, escritor y disidente, presidente interino de la República hasta la celebración de elecciones generales libres y pluralistas.

La primera decisión de las nuevas autoridades fue convocar los días 8 y 9 de junio de 1990 elecciones generales a las cámaras de la Asamblea Federal (delas "Nacionalidades" y del "Pueblo") para un periodo de sesiones limitado excepcionalmente a dos años y con un claro cometido de elaborar un proyecto de Constitución. Los comicios, que contarán con una participación del 96 por ciento del electorado y a los que optaron más de veinte partidos políticos y organizaciones de diverso tipo, constituyeron un rotundo éxito para el Foro Cívico y, por ende, para el propio Havel. En la jornada electoral el pueblo checoslovaco otorgó su confianza al Foro Cívico y a Público Contra Violencia, que lograron la mayoría absoluta en la Asamblea Federal. De este modo, el 5 de julio V. Havel era confirmado como presidente de la República y Calfa como primer ministro. La ruptura se había consumado, pero quedaba culminar con igual pericia la transición política, económica y social.

2.2. Los inicios de la transición (1990-1991)

La euforia por la libertad recuperada no podía ocultar los graves problemas, especialmente de índole nacionalista y económica, a los que debían hacer frente los nuevos dirigentes del país. En relación con lo anterior, el 20 de abril de 1990 Checoslovaquia era rebautizada con el nombre de "República Federativa Checa y Eslovaca" para resaltar de manera inequívoca el carácter federal del nuevo Estado.

A pesar de las buenas intenciones oficiales de conceder carta de naturaleza a la nacionalidad eslovaca en igualdad de condiciones con la checa, no tardó en desorbitarse la cuestión nacionalista desde los sectores políticos más radicalizados de Eslovaquia. Las reivindicaciones autonomistas de 1990 se transformaron rápidamente en independentistas: el 7 de marzo de 1991, como colofón a una magna manifestación en Bratislava, era hecha pública una "Declaración de soberanía de Eslovaquia".

En la primavera de 1991 la "cuestión de Eslovaquia" produjo una primera crisis en el Gobierno eslovaco y en el seno del movimiento Público Contra Violencia: el jefe del ejecutivo, Vladimir Meciar junto con siete de sus consejeros fue reemplazado de sus funciones y sustituido por Jan Karnagoursky, político cristianodemócrata y hasta ese momento vicepresidente del Gobierno federal. Los seguidores de Meciar provocaron una escisión en su antigua organización y fundaron en marzo de 1991 una "Plataforma para na Eslovaquia Democrática"; en octubre, Público Contra Violencia, que había perdido mucho de su antiguo protagonismo e incluso sus señas de identidad originarias, pasaba a denominarse "Unión Cívica Democrática".

No menores eran las dificultades que estaba atravesando el Foro Cívico. En su seno convivían tendencias que hacían muy difícil su pervivencia como organización política unitaria. Así las cosas, el 8 de febrero de 1991 (en la práctica un mes después de la celebración de su último Congreso), se acordaba la escisión ordenada del Foro Cívico. El 21 de abril el grupo encabezado por Václav Klaus creaba su propia organización política, el “Partido Democrático Cívico”; mientras que el otro sector, con Jiri Dienstbier al frente, fundaba “Movimiento Cívico”. No obstante, ambos grupos decidieron seguir trabajando conjuntamente hasta las elecciones generales de la primavera de 1992, coordinados por un Foro reestructurado.

A pesar de todas las dificultades, a finales de 1991, checos y eslovacos seguían avanzando en la consolidación del Estado de Derecho. Sin embargo, un año más tarde dicha tarea había dejado de ser conjunta. La conquista de la libertad para todos se había cobrado el alto precio de la unidad del país: el 1 de enero de 1993 era reconocida la independencia de Eslovaquia.

3. BIBLIOGRAFIA SELECCIONADA

- Barelli, Yves, (1990): «*La révolution de velours, Marseille*, Éditions de Aube.
- Bogdan, Henry, (1990): *La historia de los países del Este*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor.
- Claudín, Fernando, (1981): *La oposición en el socialismo real*, Madrid, Siglo XXI.
- Dorrego, Juan Fernando, (1990): *La década del gran cambio*, Barcelona, Ediciones del Drac.
- Eguiagaray, Francisco, (1991): *Europa del Este: la revolución de la libertad*, Barcelona, Ediciones del Drac.
- Fejtő, François, (1952 y 1979): *Histoire des démocraties populaires. 1. L'ère Staline. 2. Après Staline*, París, Seuil.
- (1976) *Le Coup de Prague, 1948*, París, Seuil.
 - (1992) *La fin des démocraties populaires. Les chemins du post-communisme*.
- Hajek, Jiri, (1978): *Praga, diez años después (1968-1978)*, Barcelona, Laia.
- Havel, Václav, (1991): *La responsabilidad como destino*, Madrid, El País-Aguilar.
- Heller, Ágnes y Fehér (1992), Ferenc, *De Yalta a la “Glasnost”*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias.
- (1994) *El péndulo de la modernidad. Una lectura de la era moderna después de la caída del comunismo*, Barcelona, Península.
- Lavigne, Marie, (1992): *L'Europe de l'Est. Du plan au marché*, Paris, Liris.
- Patula, Jan, *Europa del Este: del stalinismo a la democracia*, México, Siglo XXI.
- Sik, Ota, (1971): *Sobre la economía checoslovaca: un nuevo modelo de socialismo*, Barcelona, Ariel.
- Soulet, Jean-François, (1990) *La mort de Lénine. L'implosion des systèmes communistes*, París, Armand Colin